

plomáticos y empleados superiores de Hacienda; dispone de la fuerza armada y de la Guardia Nacional; declara la guerra, concede patentes de corso, dirige las negociaciones diplomáticas y celebra tratados con los otros países. La ley le concede al Presidente poderes ilimitados, y la práctica extiende aún el radio de estos poderes. Tiene ello una lógica. Esta Constitución mexicana se estatuyó en torno de hombres como Madero, como Carranza, como Obregón, de acusada personalidad, que habían guiado un movimiento revolucionario, habían triunfado en él y venían a justificarlo y a consolidarlo con su obra desde el Poder. Obregón, sin embargo, venido del campo de batalla, elevado a la cima y con esta amplitud de atribuciones, es un hombre preocupado, medita sus resoluciones, las consulta, las entrega al Parlamento, le torturan el espíritu antes de desprenderse de ellas para convertirlas en ley... A nosotros hizo el honor de detallarnos, sentados los dos en aquella maravillosa terraza de Chapultepec, el propósito suyo de reglamentar el artículo 123 constitucional, dictando una disposición que estableciera la jubilación obligatoria en favor del obrero, la responsabilidad por accidentes del trabajo, el seguro en caso de fallecimiento. Por la manera emotiva y detallada de describirlo, se advertía que aquel hombre había pasado largas horas reflexionando sobre ello. Y entrelazando con este problema cualquier otro problema nacional que en el diálogo se abordara, advertíase que había prendido en su espíritu y que era en él, hasta resolverlo en normas de Justicia, un inmenso agobio. La preocupación de Obregón, analizada, no era en el fondo sino el afán religioso de pasar por la Presidencia de la República armonizando la realización de los ideales de caudillo revolucionario con los deberes de estadista. Hasta entonces, que le vimos, y hasta ahora, que la actualidad dramática de México despierta la evocación, paso a paso, hebra de plata sobre hebra de plata en su cabeza, lo lograba y lo ha logrado.

¿Cuál será el fin de este hombre fuerte, sano, que estima como honor que, en vez de general, se le llame ciudadano? Estas figuras representativas de la política mexicana tienen destellos trágicos. Una tras otra, se las ha visto entrar, llegar a la cumbre y desde la cumbre caer entre humo y sangre. Cien factores disolventes actúan en la vida pública de aquel país: la intervención extranjera, desmedida y sin ética de ninguna clase por parte de los Estados Unidos; la ambición ilimitada, personal y venal de los hombres incapaces de grandes ambiciones

históricas; el fanatismo pasional de la raza; el desprecio a la vida; el ambiente de pólvora; el campo, por su extensión y sus quebraduras, propicio a la rebelión, la aventura y la pertinacia en ellas... Cualquiera de estos factores es decisivo en el momento que se manifiesta, si quien esté en la cumbre pierde la serenidad. Madero la perdió cuando entró preso en el Palacio Nacional; por esto lo pudieron matar impunemente. Carranza la perdió al querer huir; en la huida le dieron muerte. ¿Cuál será el fin de Obregón? El temple moral de Obregón nos advierte que es de aquellos hombres escogidos dotados del don sobrenatural de unir los momentos más graves a la visión más serena de las realidades presentes y de los peligros futuros. Parece dueño de las energías necesarias para refrenar las furias y someterlas. Por respeto a la vida humana; por deseo de conservar una figura selecta; por el afán de ver a México en una época de paz, de formación cultural, de engrandecimiento económico, de salvación de los valores ideales que triunfaron en la revolución, sería provechoso que fuese así. Y que Obregón descendiera de la cumbre del Poder dejando en la historia civil de su pueblo una página ejemplar.

MARCELINO DOMINGO

(*La Libertad*, Madrid).

## Atenas bajo la demagogia...

(*Viene de la página 314*).

pacidad más inmune y desvergonzada que se conoce.

Y la moral pública de Atenas bajo la demagogia, tenía el símbolo exacto de su degeneración inevitable, en las diatribas tribunicias, en aquellos certámenes de ignominia de los oradores en el Foro.

Nada tan soez, tan duro ni tan justificado al mismo tiempo, como un discurso de Esquines contra Demóstenes. Nada tan vergonzoso, tan sucio ni tan autorizado, sin embargo, como una réplica de Demóstenes combatiendo a Esquines.

Era un concurso afrentoso de prociadades insólitas, de crueles denuestos, de horribles injurias.

Los colosos de la palabra deshonrada, se batían a puñados de cieno en el tremedal de la Asamblea, cubiertos de inmundicia hasta la frente, donde, por sarcasmo desacostumbrado, lucía el verde sin mácula de las coronas del Foro.

Lo que el presente puede saber, estudiando ese pasado, tendrá en todo momento un valor de oportunidad inestimable, porque son los mismos los factores de lucha biológica, natu-

ral, que la sociología presenta, en el estadio de la vida.

Diógenes puede revivir ahora mismo, seguro que ha de reconocer en nuestras instituciones y en nuestras cristianas virtudes, los mismos defectos que lo obligaron un día a pronunciar sus rudos anatemas contra los hombres, y a colgar de su hombro la burjaca del mendigo.

No es por vano afán de notoriedad o de excentricismo que se hurga en ese pasado, porque evidentemente no conocerá la vida quien desconozca en absoluto la historia de aquellos días, y los que hoy desdeñan, con aire de suficiencia notoria, lo que ese pretérito enseña, de modo tan elocuente, están muy lejos de sospechar que toda su ciencia y sabiduría del momento, valen, en efecto, bien poco, cuando no tienen de comprensivas y de humanas otra cosa que el frío y rígido análisis de los conceptos abstractos.

El aspecto más interesante de la vida, siempre será aquel que esté, por su misma naturaleza, más cerca de nosotros; el que resuelva o tienda a resolver mayor número de problemas humanos, en relación con nuestras necesidades, pura y simplemente fisiológicas.

Con el análisis del infinito o con el cálculo infinitesimal, no construirá jamás el hombre un sistema de gobierno. Para considerar los elementos que distinguen una demagogia de una aristocracia, poco importa saber la diferencia que existe entre un espacio polidimensional y un mundo sencillamente euclidiano. Si Gordiano Bruno deriva, de una profunda y sagaz ponderación del sistema heliocéntrico de Copérnico, su teoría panteísta, en un desplazamiento espiritual sin límites y sin dirección determinada, no evita con ello, sin embargo, que la injusticia lo alcance hasta hacerlo arder en la pira del inútil y bárbaro sacrificio.

El arte puede alcanzar insospechada perfección o absoluta amplitud, en un total acomodamiento matemático de la línea o del sonido; el espíritu que intuye, morará, si se quiere, en maravillosos universos de inferencia, pero la vida de la necesidad, la vida fisiológica, la vida verdadera, que ha sido, es y será, absolutamente euclidiana, una humilde línea recta relativa, sobre uno de los pequeños planos de nuestro mundo globular, esa no puede resolver sus problemas sino a partir de la enseñanza que le proporciona el humilde pasado de la historia del hombre.

Los que hoy guardan para todos esos hechos históricos un olímpico y a veces inconsulto desdén, son simples desertores de la verdadera moral humana: heraldos de ciencia ultramoderna o acomodaticios sensualistas que buscan un refugio en el mero accidente